Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

LIBRO PRIMERO.

DISIPACION.

Dios, despues de haber criado al hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo. La vida y la muerte, el bien y el mal se hallan delante del hombre; y aquello que haya escojido, se le dará.
Eccli. XV. v. 14—18.

Aurora L. G. de Martínez.

CAPITULO I.

EN EL QUE EL LECTOR HACE CONOCIMIENTO CON LOS CUATRO PRIMEROS PERSONAJES DE ESTA VERIDICA HISTORIA

En la tarde del viernes 16 de Octubre del año de 1789, una multitud de gente del pueblo y muchos carruajes y cabalgaduras cubrian, casi en su totalidad, la calzada de Nuestra Señora de Guadalupe de México.

Entre todos los transeuntes se hacian notables por su jovialidad y alegre conversacion, cuatro caballeros que ocupaban un gran coche azul celeste, que con un movimiento de oscilacion acompasado mecia su elíptica caja sobre toscas sopandas.

Aquel coche forrado de badana roja claveteada con clavos de metal, era uno de los coches de alquiler mas en boga entre los caballeros de vida desordenada, por que el cochero,

llamado Filomeno, tenia la habilidad de saber aumentar sus propinas, merced á su buen servicio que hacia estensivo mas allá de sus atribuciones ordinarias.

Aquel enorme coche, donde por lo regular se instalaban seis ó siete personas, era tirado por un tronco de mulas bayas, que por su pequeña alzada causaban compasion, atendida la inmensa máquina de que tiraban, teniendo que soportar todavia la de silla al rollizo Filomeno.

En la tarde de que hablamos, aquellas mulas bayas iban precedidas de otro tronco de guias mohinas que manejaba el hijo de Filomeno, y los pasajeros del coche azul eran solo cuatro; de manera que con el orgullo que dá á los caminantes la superioridad de su tren, saludaban con afectada cordialidad á los que iban dejando atras.

Ya próximos á llegar á la plaza del pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe, erijido en villa en Mayo de ese año, el coche tuvo que pararse porque se hacia imposible penetrar sin gran riesgo de los pedestres; además que algunos dragones apostados de trecho en trecho para cuidar el orden, no lo permitieron.

Los jóvenes descendieron de la caja azul á la vara horizontal de encino tallado, y de allí á los tres tramos de un inmenso estribo, y se encaminaron á la plaza.

Esta estaba obstruida por multitud de grupos de gente desarrapada que se habia instalado desde el dia anterior y desde la mañana del 16, mesclándose con la multitud de puestos de vendimias y de fondas provisionales.

En los balcones de las casas de la plaza, se ostentaban damas principales, y familias de los oidores y empleados de categoría.

Habia llegado á eso de las doce del dia á aquella villa, procedente de la Península, el Exmo. Señor Don Juan Vicente Güemes Pacheco Orcacitas y Aguayo, Conde de Revillagigedo y Virey nombrado de esta Nueva España, por su Magestad el Rey Cárlos III, para remplazar oportunamente al Virey, Teniente General D. Manuel Flores.

Nuestros cuatro caballeros, sin cuidarse al parecer del motivo de aquella fiesta, penetraron dificilmente entre la multitud, y rodeando por el costado Este del templo se dirijieron á una casa de pobre apariencia, cerca de una capilla conocida con el nombre de Capilla del Posito, por su inmediacion á un manantial de agua mineral á la que el fanatismo y la credulidad del vulgo dió desde entonces virtudes prodijiosas.

Penetraron en una habitacion baja que consistia en una sala adornada con dos pantallas, una imájen de la Vírgen de Guadalupe en marco formado de trozos de espejo, dos largos canapés con fundas de indiana color de rosa, algunas sillas con asientos de paja, rinconeras pintadas de color amarillo, y una tira de alfombra de jaspes con los colores del íris.

Una vieja vestida de negro salió al encuentro de los recien venidos.

—Mi Señor Don Felipe Maria, ¿por qué ha tardado usted tanto? La comida está dispuesta desde las dos.

—Mis negocios, Doña Laureana, mis negocios. Mire usted: precisamente vengo á tratar con estos caballeros de alguno muy interesante.

—¿Despues de la comida?

—No, Doña Laureana, antes. Comeremos mas tarde, y entre tanto, bueno será que vaya usted al Santuario á rogar á María Santísima por el buen éxito de nuestros planes.

—Sea por el amor de Dios, dijo Doña Laureana, cubriéndose la cabeza con un rebozo negro, y tomando hacia la calle.

Don Felipe María echó la llave y volvió á reunirse con sus compañeros.

—Señores, dijo con aire jovial, estamos como el pez en el agua; y para proceder con acierto debemos refrescar las fauces con buen catalan.

—Aprobado, dijo el mas joven de los amigos, venga el catalan.

Don Felipe Maria tomó de una rinconera una botella y cuatro vasitos de cristal abrillantado en un platon, sirvió aguardiente y apurándolo de un sorbo:

—¡Por nuestra prosperidad! esclamó con desenvoltura.

—Don Felipe, dijo el mas joven de los caballeros; me parece que toma usted demasiadas precauciones para recibirnos en esta casa que llama su retiro.

—En efecto, se apresuró á decir Felipe. Como por desgracia en los tiempos que alcanzamos no está uno seguro, de no ser delatado á la Inquisicion por la cosa mas inocente....

—Es cierto; dijeron los otros dos compañeros que hasta entonces habian permanecido en silencio.

—Por otra parte mi Señor Don Joaquin, continuó Felipe, para que entre caballeros pueda gozarse de verdadera espansion, es preciso elejir un rinconcito como este para soltar la lengua sin temor de que las paredes oigan.

—Pero me parece, insistió Joaquin, que lo que tendriamos que tratar, bien pudiera oirlo todo el mundo.

—Está usted en un error.

—¿Es algo secreto?

—Tal vez.

—¿Pues de qué se trata? esclamaron los dos silenciosos compañeros, acercando sus asientos al rincon de la sala que ocupaban Felipe y Joaquin.

—En primer lugar, interrumpió Felipe, haremos la segunda libacion; y no hay que temer, porque este aguardiente es legítimo de Cataluña. No me quedan ya mas que seis barriles.

—¡A la salud de mis amigos¡

—A la de Don Felipe, tespondieron los otros circunstantes, apurando sus vasos.

—Al segundo vaso de catalan, amigos mios, comienzo á sentirme dispuesto á la conversacion, y al tercero comienzo á ser elocuente como un Ciceron; y para probarlo entremos en materia.

Y Don Felipe hizo un ademan, parodiando las acciones de un predicador.

—Cuidado con esas burlas que parecen de judaizante, dijo uno de los amigos de Felipe.

Precisamente por eso, mi Señor Don Joaquin, he echado la llave: yo sé cuidarme y cuidar á mis amigos. Ni la Inquisicion ni el Alcalde de Corte tendrán jamás que ver con nosotros. Yo lo aseguro.

—Así sea, murmuró Don Baltazar, que hasta entonces hablaba.

—Pero á todo esto, Felipe, ¿para que nos has traido á tu retiro? ¿Simplemente para hablar de necedades?

—No te impacientes, que tiempo sobra, mi buen Baltazar. Siempre has de estar de mal talante.

—Con razon, dijo Baltazar entre dientes.

—Doy principio. Amigos mios ¿No os parece que este mundo es patrimonio puramente de los astutos?

—¿Ese va á ser el tema, señor predicador?

Este mismo y es bueno. Siento, pues, mi proposicion. Yo afirmo que este eden que se llama mundo, está hecho por Dios para regalo exclusivo del que sabe aprovecharse de sus beneficios, sin pararse en los medios.

—Esa es una proposicion muy absoluta, dijo Don Joaquin.

—Voy á probarlo. Es para mi un axioma sapientísimo el de que el fin justifica los medios, y me parece por lo tanto que el hombre está en la precisa obligacion de llegar al fin que se propone, so pena de quedarse atras en esta dificil lucha y ser pisoteado por los que vienen siguiéndonos.

Sea por ejemplo. Nosotros cuatro somos tan acreedores á la grandeza y al poderío como cualquiera; por que yo no paso por que cada uno nace con su estrella. No hay mas estrella que la inteligencia, ni mas poder que el de la voluntad.

Esto supuesto, nosotros cuatro debemos convertirnos de lo que somos actualmente, en hombres opulentos; si, verdaderamente opulentos. Figuraos que somos dueños de algunos millones. ¡Oh, ya vereis entonces que vida de fausto y de placer! Entre otros, tengo el capricho de volverme moro por algun tiempo. Yo necesito un poco de Harem, un poco de sibaritismo, un poco de esa felicidad tan positiva y tan envidiable con que todos hemos soñado desde los veinte años, y que, pobres gusanos, la vemos alejarse diariamente de nosotros. ¿Y porqué? Por que no alargamos demasiado nuestros brazos, por que no robustecemos en nosotros mismos, ese poder que trastorna el mundo y que se llama la voluntad, por que nos adherimos á nuestra miseria, como los gusanos

á un miembro corrompido, y en una palabra, por que no decimos: quiero, luego puedo. Esto es indudable.

—La teoría es alagadora, pero tiene bemoles, como dice un maestro de capilla que conozco, dijo Joaquin.

—Eso querrá decir que tiene dificultades, segun entiendo; pues bien: he ahi precisamente la gran cuestion: las dificultades son el medio, el medio palpable, conocido. ¿Que mas queremos? Antes que el fin está el medio, el medio es la dificultad, pues á vencerla y llegaremos al fin.

—Es claro, dijeron los tres amigos de Don Felipe.

—Me complazo sobremanera, caballeros, en que mi lógica os haya parecido contundente. Lo cual me prueba que estais dispuestos á secundar mis planes.

—Los conoceremos, dijo Joaquin.

—Vamos simplemente á hacer una suposicion.

Don Felipe pronunció estas palabras dirijiendo una rapidísima mirada á Don Baltazar, quien la recojió con inteligencia.

Don Felipe en seguida puso aguardiente en los cuatro vasos y los ofreció á sus compañeros.

—Supongamos, prosiguió, que nos fijamos en una casa gruesa, en la de alguno de estos paisanos que como nosotros vinieron á Nueva España á hacer fortuna y que por ser mas audaces y mas afortunados la consiguieron; mientras que nosotros, cobardes y torpes, no pasamos de tener muchas deudas y muchas ilusiones.

—¿Y qué? preguntó un tanto sorprendido Don Joaquin, nos va usted á proponer un robo?

—¡Un robo! repitió Don Felipe. He ahi la pequeñez del hombre, qnes se asusta con una palabra; la palabra *robo* ¿Y

qué tiene de más esa palabra que otra cualquiera? A la verdad, si comenzamos á espantarnos con las palabras, decidámonos por la carrera eclesiástica en la que no oiremos mas que lindas palabras en latin y tal cual barbaridad en castellano.

—Una risa general desvió un tanto la imajinacion de los oyentes, que comenzaban realmente á espantarse ante las teorías de Don Felipe.

—No hay por qué temer, caballeros. Pues qué ¿creis que yo mismo podria vivir holgadamente si no fuera merced á ciertos golpes de audacia? Desengañaos, amigos mios; en este pícaro mundo, el que no se arriesga no pasa la mar. Yo, á la verdad, no se con qué cara podria presentarme de regreso en San Juan Bautista Quesama, en mi querida Provincia de Alava, sin un maravedí en las bolsas de mi pobre chupa. ¿Qué dirían de mí los Vizcainos, que si por tan poca cosa vine á Nueva España, dejándo en Alava lo mejor de mis amigos y de mis queridas?

Tú, Baltazar, que no has tenido miedo á las borrascas como avezado y digno capitan ¿volverás á las Canarias tan pobre como viniste? Para tal embajada mas te valiera haberte quedado en la Isla del Hierro en donde naciste, que venir á la tierra del oro para sacar lo que el negro del sermon.

—Yo, contestó Don Baltazar, quien al verse interpelado habia llenado su vaso de aguardiente, como para preparar sus respuestas, yo Don Felipe, la verdad tengo tanta ambicion como cualquiera, y como tú, deseo ser millonario, por que esos son los únicos seres felices en este mundo; pero, la verdad, continuó como indeciso, si no es para un golpe seguro, yo no te acompaño.

—¿Y cres tú, Baltazar, que me falte inventiva para dar un

golpe. ¿Qué me han podido probar de la incidencia que sigo en la Acordada por aquel negocio que tu sabes? No te canses Baltazar, la fortuna es de quien la busca y nadie se muere la víspera.

—Ya se vé, dijo Baltazar, cuya robusta fisonomia comenzaba á tomar esa espresion particular del primer periodo de la embriaguez. Cuenta con migo, Felipe, como si estuviesemos sobre cubierta: y, oye amigo mio, cuando surcaba yo las aguas de Veracruz, con la idea de venir á encontrar mucha plata en Nueva España, me parecia que mi bajel hendia las ondas arrancando de ellas en vez de espuma, copos de plata virgen.

—¡Por la plata virgen, Señores! esclamó Baltazar, bebamos por la plata virgen. Todos apuraron de un sorbo su vaso, escepto el único personaje que hasta entonces no habia hablado.

—¡Como se entiende, Señor Don.... Señor don qué? dijo Don Baltazar tartamudeando y dirijiéndose á Don Felipe.

—Don Cárlos, contestó Felipe.

—Pues bien Señor Don Cárlos. ¿Vsted no toma?

—Me haria daño, replicó este: he tomado lo suficiente.

—¡Lo suficiente! A la salud de usted, Señor Don.... Carlos.

—Chocó su vaso con el de Don Cárlos, quien á su vez llevó el suyo á los lábios sin beber. Pero esto no fué notado sin duda, con motivo de la poca trasparencia de los vasos abrillantados, y por que la vista de Don Baltazar comenzaba á ponerse túrbia.

—Creo que te vas á achispar muy pronto, Baltazar, esclamó Don Felipe riéndose.

—No lo creas.

—Y tan pronto como antes de ayer.

—¡Ah! pero antes de ayer fué un gran día.

—En el que estuviste muy divertido.

—Mucho.

—Vamos, confiesa que la ejecucion te impuso.

—¿La ejecucion de los nueve ladrones? preguntó Blanco.

—La misma, dijo Don Felipe. Baltazar se afectó al grado de tener que consolarse con una botella.

—¿Y te parece que una botella no consuela?

—Tu lo sabes mejor que yo.

—Pues no me la habia acabado cuando ya me sentia mejor.

—Luego confiesas que el rato fué pesado para tí.

—Efectivamente ¡Pobres chicos!

—¿Creerán ustedes, dijo Don Cárlos, que nada supe yo de tal ejecucion?

—Baltazar la sabe con todos sus detalles.

—Es justo que la cuente, dijo Blanco.

—Con mucho placer, y solo por obsequiar los deseos de este caballero, dijo Don Baltazar. Figúrese usted amigo y Señor mio, que el Tribunal de la Acordada, que quisiera ver arder como un cigarro, sentenció la friolera de nueve desgraciados al último suplicio, con el frivolo pretesto de ser salteadores de camino real. Felipe que es muy afecto á las escenas horripilantes, me invitó desde la víspera para que gozaramos de aquella inocente diversion.

Llegamos al lugar del suplicio, y aunque la multitud agolpada no nos dejaba penetrar á sitio desde donde pudieramos ver todo, Felipe se abrió paso á empellones y codazos, hasta lograr que nos colocaramos en sitio adecuado.

No bien quedamos instalados, cuando subieron los dos primeros: eran dos jóvenes simpáticos y bien portados, pero es-

taban ya mas muertos que vivos, porque no se podian tener en pié; con mil trabajos los colocaron y les dieron garrote. ¿Saben ustedes que es horrible la muerte? continuó Don Baltazar, tomando un aire de verdadero asombro, si, si, es horrible.... El tercero era un hombre como de treinta y cinco años, con buena barba, buena presencia y aire resuelto. Se conoce que debe haber sido hombre de pro; este murió como valiente, no parecia sino que se habia sentado para que le cortasen el pelo.

Siguió Nicolás Bustillos.

—¿El *Cenizo*? preguntó Blanco.

—Si señor, el Cenizo, así le decian; era un valiente, mas valiente que el otro, y para mí tengo que era inocente.

—¡Inocente el Cenizo! esclamó Felipe escandalizándose; era malo como la piel de judas.

—Malo ó bueno, era todo un hombre: ha sido una infamia matarlo.

—¡Infamia!

—Lo dicho; nadie tiene derecho para matar á otro hombre.

—Se le ha matado en nombre de la ley, ha estado bien hecho. ¿Adonde iriamos á parar si la sociedad no tuviese en la mano el medio de deshacerse de sus jurados enemigos?

—Luego tú estarias muy conforme en el lugar del Cenizo.

—Lo que es conformidad, no respondo si la tendría, pero como, á Dios gracias, no espero verme en igual caso, no me he puesto á pensar.....

—Pues yo sí, dijo Don Baltazar, y te confieso que desde antes de ayer estoy escamado.

—¡Cobarde! tu no sabes que el patíbulo no es mas que para los desvalidos?

—Para todos.

—No lo creas; teniendo audacia se para el golpe, se burla á la justicia y se juega con la ley.

—¡Bonita teoría! pero vale mas no meneallo.

—Siga usted Señor Don Baltazar; dijo Blanco.

—Le llegó su turno al quinto, continuó Baltazar, era c asi un niño; y lo que es este les dió buena guerra, se defendió como un tigre preso, gritó como una fúria, mordió á los verdugos y fué necesario amarrarlo, enmedio de las mas feroces esclamaciones y del inmenso murmullo que se levantaba de la multitud que sufria con aquel espectáculo.

—¡Que horrible es eso! dijo Carlos, deberia prohibirse matar á los hombres.

—¡Frescos quedariamos! esclamó Don Felipe, ya hemos dicho que es preciso matar para correjir.

—A su turno fueron ejecutados los otros cuatro.

—¡Nueve! esclamó Cárlos.

—¡Cabales! dijo Don Baltazar. Pero lo que me horripiló hasta hacerme daño, fué la escena que siguió.

—¡Como! ¿pues que les hicieron despues de muertos?

—Cortarles la cabeza, Señor Don Cárlos, y aquel degüello de muertos fué espantoso; era la muerte de la muerte.

—¿Y con qué fin....

—Iban á colgar sus cabezas en el lugar en donde estos desgraciados habian cometido sus crímenes.

—Muy bien hecho, dijo Don Felipe.

—Eres muy cruel, Felipe, esclamó Don Baltazar incomodándose. Quiera Dios que núuca te veas en tal caso.

—¡Que me he de ver! dijo desdeñosamente Don Felipe

—Pero como no hay tragedia sin sainete, continuó Don

Baltazar, presenciamos en seguida una décima ejecución.

—¡Otra victima! esclamó Don Carlos.

—Si Señor, ¡una burra! condenada por yo no sé que delito por el Tribunal de la Acordada.

—Es estraño.

—Sentenciada en toda forma de derecho á morir asada; de manera que á los diez minutos de aquella asnal barbacoa todos los concurrentes tuvimos que abandonar el sitio de la ejecucion, zahumado y no con ámbar, ¡ay! en mi vida he percibido mas mal olor que el del burro quemado.

—Dios me libre de verte, en ese aprieto á tu vez, mi querido Baltazar, dijo Don Felipe burlándose, pero me consuela que como no eres burro, probablemente no corres peligro de morir quemado.

Estas frases produjeron la hilaridad y los tres amigos, por que Don Carlos se conservaba siempre retraido y silencioso, se cambiaron chanzas y bromas en la mejor armonía del mundo.

—Volviendo á lo que importa, Señor Don Carlos, ¿está usted tan decidido como Felipe á dar ese golpe de mano de que iba á hablarnos hace poco? dijo Don Baltazar.

—¡El golpe de mano! repitió Carlos, como descendiendo de la cumbre de sus ensueños, á la repugnante realidad que encerraba esa frase. ¡Un golpe de mano!

—Sí, jovencito, dijo á su vez Don Joaquin, el robo que nos proponen.

—¡El robo! Yo no soy ladron; y aunque tuviera necesidad de prescindir ya no solo de mis delirios de enamorado, sino de mi misma subsistencia, preferiría esto á cometer una accion villana.

Una carcajada de Don Joaquin y de Don Baltazar resonó despues de las últimas palabras de Cárlos

—Don Felipe, decia Don Joaquin riendo á mas y mejor; se ha lucido usted á pesar de su elocuencia; por que lo que es á este jóven no lo seducirá usted tan fácilmente como creíamos.

—Es que yo no trato de seducir á nadie. Bah ¡bah! Caballeros, prosiguió Don Felipe, un tanto amostazado, si he tenido espansiones ha sido por que me creo rodeado de amigos leales, delante de los cuales puedo sin temor, desarrollar mi filosofía y mis principios. Si cualquiera de ellos no quiere seguirme en la senda que me he propuesto seguir, es libre para hacer lo que yó: ni violento á nadie, ni mucho menos necesito de hombres de poco corazon para mis empresas.

A estas palabras, Cárlos sintió que se le subia la sangre á la cabeza, y levantándose de su asiento dio uua palmada en la mesa y esclamó colérico.

—¡Señor Don Felipe! Nadie me gana á ser hombre de corazon; pero jamas para cometer un crímen.

—Ola ¡ola! dijo Don Felipe visiblememente contrariado. No hay por que amostazarse. Todo en último resultado no es mas que conversacion.

—Es claro, añadió Don Baltazar.

—Supuesto que es todo broma, bebamos el último trago por la amistad.

Chocaron de nuevo sus vasos y se levantaron de sus asientos los cuarto amigos á la sazon que se oyeron suaves golpes á la puerta de la calle.

Don Felipe fué á abrir y algunos momentos despues se sentaban á una mesa limpia y bien servida.

No faltaban algunas botellas de vino de España y algunos dulces esquisitos, á los que Dou Felipe era mny aficionado.

La conversacion, durante la comida se hizo mas general, y se charló de todo, pero muy principalmente de la entrada del nuevo Virey, que se verificaría al dia siguiente con todas las ceremonias de estilo; por que, en efecto, la llegada de un nuevo Virey á la metrópoli, era en aquellos tiempos, un acontecimiento de alta importancia y que ponía en movimiento á todas las clases de la sociedad.

Poco antes del oscurecer los cuatro amigos volvieron á ocupar el coche azul y regresaron á la capital.

Al llegar á la plaza de Santo Domingo, paró el coche y se despidieron los cuatro caballeros, notándose que Don Felipe y Don Cárlos comenzaban á guardarse rencor.

Don Felipe y Don Joaqnin, tomaron por las calles de Santo Domingo hacia la plaza de armas; Don Baltazar se dirijió á la calle del Aguila y Don Cárlos tomó por el costado de la Inquisicion.

Don Felipe entró en una casa situada en la calle de la Alcaicería y abrió con una llave que cargaba consigo la puerta de un cuarto interior.

Hizo fuego con avíos de encender que sacó de una bolsita de seda y cerró tras de sí la puerta.

Abrió un cofre y sacó de él unas dos onzas de oro y un par de pistolas. Descolgó una capa color de yezca y tomó una linterna sorda que colgó del talabarte de donde pendía su espada; apagó la luz, se arrebujó en la capa, echó la llave que guardó de nuevo, y saliendo de la casa tomó por las calles de Tacuba y la Canoa con direccion al Baratillo.